

Jazz en una noche de verano

Ebbe Traberger

El pasado verano fue tan parco en acontecimientos musicales que merece una reflexión. Después de los cada año más confusos festivales de Vitoria y San Sebastián, que intereses particulares y poco confesables hicieron coincidir, y donde, por otra parte, hubo pocos momentos de auténtico valor, caímos en un vacío alarmante. En la región norteña donde nos habíamos refugiado no se ofreció concierto alguno, y tuvimos que desplazarnos casi doscientos kilómetros para asistir, en Olite, a un recital de relieve. Uno solo...

Fue el 10 de agosto, y nos permitió escaparnos de las fiestas de un pueblo donde aquella misma noche quemaron fuegos artificiales por un valor de un millón de pesetas, bastante pza haber contratado a cualquier conjunto estelar, en lugar de la miserable banda con que la gente tuvo que conformarse. Pero ¿para qué traer grupos musicales de interés? ¿Para quién? La música sería no interesa a casi nadie, ni mucho menos el jazz. España, que piensa celebrar el quinto centenario del descubrimiento de América por todo lo alto, nunca ha sido capaz de detectar la mayor contribución a la cultura universal que debemos a aquel continente. ¿Cómo es posible que en el recientemente firmado acuerdo bilateral entre Estados Unidos y España para un intercambio cultural intensificado cara a 1992, no se mencione el jazz con una sola palabra? Vivir para ver, y ver para creer...

El concierto de Olite despertó nuestra curiosidad, y no era para menos. Estaba anunciado el saxofonista Johnny Griffin con el trío de Hank Jones, uno de los auténticos genios del piano en el jazz moderno. Solamente estos dos nombres figuraban en los anuncios. Allí nos fuimos en la mejor compañía imaginable. Llegamos a las diez en punto, y nos acercamos al castillo que prestaba su maravilloso recinto a un concierto fuera de lo normal. Antes de subir a nuestro asiento pude identificar al contrabajista: nada menos que mi compatriota Nielsj-Henning Ørsted Pedersen cuyas virtudes no hace falta descubrir aquí. El batería era Alvin Queen, otro músico de primerísima fila. El trío ofreció 50 minutos de jazz maravilloso, yendo de tema en tema con una naturalidad y una gracia que hicieron comprender la inspiración de sus componentes. La presencia del gran Griffin en la última hora no hizo más que añadir valor a la noche. Un *Body & Soul* constituyó el momento culminante, y los cerca de 1.500 asistentes al mag-

nífico concierto se fueron callados y disciplinados, aparentemente satisfechos, mientras que las luches se apagaban lentamente devolviendo el castillo a la oscuridad.

¿Y estaban contentos los cuatro músicos? Lo dudo. En los noventa minutos que duró su impecable actuación no pudieron captar reacción alguna en un público completamente pasivo que se limitó a aplaudir tímidamente después de cada tema. Tuvimos la sensación de ser las únicas personas entre aquella masa gris y sosa, por no decir amorfa, en escuchar la música de una manera activa, casi diría *creativa*. No es que seamos precisamente partidarios de la participación de los oyentes, pero siempre se nota si la música llega al público, y no era evidentemente el caso de los navarros que se habían desplazado hasta Olite. Todo fue demasiado correcto en aquella cálida noche. Y cabe preguntar si, al fin y al cabo, jugamos con tanta ventaja por edad, experiencia, conocimiento, etc., yo qué sé. Si es así, no es, desde luego, culpa nuestra. Nada más lejos de nosotros que la arrogancia. Sólo nos sentimos perplejos y también preocupados porque, a estas alturas, no sabemos todavía contestar a la eterna pregunta: ¿cómo hacer llegar el jazz, esta fabulosa música de nuestro siglo, que para algunos es una manera de vivir, a la gente...?